



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVIII

DECARIO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

N.º 14937

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR, 24

SABADO 12 DE SEPTIEMBRE DE 1909

## Por el alma de doña Rosalia Gomila Oliver

En la mañana de hoy se celebró en la consagrada Iglesia de la Caridad la Hora Santa y Responso por el alma de la que fué en vida D.ª Rosalia Gomila, esposa de nuestro querido amigo D. Andrés Palacios Gabarrón, que falleció en el Sapatario del Doctor Candelas en Valencia el día 13 de Septiembre del pasado año.

Numerosos amigos de la difunta y de su desconsolado esposo han asistido al religioso acto como demostración de las simpatías que aquí gozaba y de que su recuerdo no se borrará de la memoria.

Pobre Rosalia! sobrada de encantos y de virtudes fué arrebatada por la muerte, sin que el amor de los suyos, los cuidados y los sacrificios pudieran paralizar los progresos de la terrible dolencia que la llevó al sepulcro.

Al dar cuenta de esta solemnidad religiosa, y conmemorar el primer aniversario de su fallecimiento, dejáramos un cariñoso recuerdo á la infortunada Señora, rogando á Dios por su eterno descanso, y mezclando nuestras lágrimas con las de su desconsolado esposo, que tan solo y triste le dejó en esta valle de lágrimas.

Si la amistad puede proporcionar algún lenitivo, reiteramos al Sr. Palacios la nuestra indiscutible, pues los que le queremos y queremos tanto á la finada, nos animos de todo corazón al profundo desconsuelo que hoy le oprime, con motivo de celebrar el primer aniversario de la muerte de su querida é inolvidable esposa.

LA REDACCION.

## Notas alegres

### Fuquima para los canarios

Al modo como al abogadillo de Arrás le ahogaba, según el gironcillo, en su famoso apóstrofe, la sangre de Dantón, del propio modo, á nuestros más ilustres congresos políticos, artísticos y literarios les ahoga la retórica.

Una retórica que nada tiene de sentimental ni de científica, sino una especie de red para pescar incautos, llena de convencionalismos y rimboambos, cuya finalidad no es otra que hacer jugar malbaras con el pensamiento, contrariando las leyes de la lógica, como los jugadores contravienen las de la gravedad, estricta é hipotéticamente hablando.

Maestros del bien decir eran los antiguos retóricos, que existían incansables con los recursos del día, por donde resultaba, que, ahora, la Retórica hace papel de estraza que sirve para envolver todo género de mercancías, y con la cual encubren los especuladores de la política sus verdaderas y aviesas intenciones.

Todo esto ha venido á determinar un concepto falso de la realidad, así en lo abstracto como en lo concreto, por donde resulta, que todo hay que interpretarlo y traducirlo, no por lo que oculta. Si se lee, se lee, entre líneas, si se oye un discurso, un sermón ó una arenga, hay que extraer la quintaesencia de lo expuesto por el orador, y nunca está un seguro de haber tropezado con la verdad.

En lo real y en lo hipotético, todo es ampuloso, y, nadie habla, escribe

ni razona con arreglo á sinceridad, sino con sujeción á hipérbolos y pleonasmo. No se sabe ya ni lo que es patria, ni abnegación, ni lealtad, ni virtud, ni honradez, ni sacrificio... todo es según el color del cristal con que se mira.

Programa y doctrinas están fundamentados en principios... escritos en el agua; preceptos y dogmas aparecen pegados al exclusivismo, como los carteles de teatro en la esquina pública, con vil engrudo; por cuyo modo, la línea más corta entre dos puntos, ha venido á ser la curva.

Hay que dar mil rodeos para llegar al fin apetecido. ¿Queréis subir? No se os ocurra utilizar la escalera principal, sino la de servicio ó excusada. ¡Cuántos llegan por el camino tortuoso de la intriga y la desfachatería, adonde jamás alcanzó el bueno y el justo!

Por consiguiente, cuando oigáis consejos dados en público sobre el tablado de un circo ó el pescante de un caracolito, talbana apropiada del charlatanismo, reíos ó mejor, pasad de largo, porque allí se trata de engañaros.

No quiere esto decir que no haya doctrinas buenas y consejos sanos, pero no las adoptéis, ni los sigáis sin exigirles, como á los vagabundos y los malhechores, la cédula de verificación; es el único medio de saber á qué ateneros.

La inocencia y el candor no se encuentran ya ni en los niños ni en las doncellas. Este pesimismo es la obra inconsciente y el resultado inevitable de la piqueta demolidora de los críticos contemporáneos. Se les oye, se les aplaude, se les lleva en hombros, pero después, cuando ha pasado el espectáculo ó ha terminado la concurrencia dice para sí: "Todo es un pampino para los canarios".

ABEL INART

## CUENTO DEL SABADO

### Toñico

Toñico era uno de esos seres que obedeció más bien á la generación espontánea que á las leyes de la naturaleza, una de esas criaturas cuyo origen desconocido nadie se preocupa en averiguar, en una palabra, un goffe.

Pero Toñico pertenecía á la gollería rural, bien distinta por cierto de la urbana; no era uno de esos pilluelos que las saben toda, aptos y predisuestos para todo lo malo y que al empezar á rodar por la pendiente de su desgracia cubren con un sello de picardía lo que debía inspirar misericordia á quien los contempla.

Toñico le llamaban y por Toñico respondía, su vida miserable se desarrollaba invariable y monótona, vagaba de continuo por el pueblo, jugaba alguna que otra vez con los demás chicos, como lo que las vecinas le daban cuando las gallinas patahan sobre las fechas y por las noches se recogía en el cementerio, lugar completamente abandonado cuyas puertas no se cerraban ni de día ni de noche, un hueco abierto en la pared le servía de lecho, y en él se acurrucaba sin el menor reparo, ignorando el valor que representaba lo que él hacía sin darse cuenta.

Una noche observó al acostarse que el suelo estaba mucho más frío que de ordinario, hasta el punto de hacerle separar violentamente la cabeza de la piedra que le servía de almohada; quiso explicarse aquel fenómeno, y no pudo, dejósese caer por fin y á me-

diada que pasaba el tiempo parecía que la tierra se congelaba más y más hasta quemarle; dos días habían transcurrido sin comer absolutamente nada y una fiebre intensa plañaba su débil existencia.

Aquella noche no pudo conciliar el sueño, revolvióse en todas direcciones y su cabeza adormida le hacía pensar muchas cosas... pensar... cuando había él pensado y qué? sin embargo, aquel estado febril le hacía ver un torbellino de cosas que le volvían loco, cerraba los ojos equívocando lo que creía tener delante y entonces lo veía más claro... aquella noche, por primera vez en su vida, tuvo sueño!

Al amanecer intentó levantarse y no pudo, aquel sitio inmóvil por la muerte le retenía con una fuerza superior á todas sus fuerzas, y aquella hubiese sido su última mirada á no despegarse de ella un resacaón del pueblo que había muerto la víspera y con más derecho que él le iban á enterrar en aquel sitio, del cual tuvieron que sacarle para meter al otro.

La exclamación por el hallazgo fué unánime... ¿Toñico? ¿qué hacía allí Toñico...? los que formaban el cortejo, deudos y dolientes se olvidaron por un momento del objeto que allí les llevaba y fijaron su atención en aquella criatura, negra á fuerza de calor y en cuyo semblante se dibujaba una más inconsciente sufrimiento.

La venerable figura del sacerdote se destacó del grupo y acariciando su enmarañada cabellera le pulsó coligiendo por instinto un estado grave; quitóse los manteos y le envolvió con ellos mientras terminaba la fúnebre ceremonia.

Toñico estaba atónito, su mirada empuñada buscaba, en vano, la explicación de todo aquello; aquellas gentes tenían las caras mucho más largas que de ordinario, no había visto nunca un duelo... nadie se había muerto en el pueblo que él recordase... morir... no sabía lo que era morir y al ver meter la caja en aquel sitio y tapiarlo á piedra y lodo creyó adivinar la eterna lucha de la vida, el ajustaje, para ponerme yo y considerándolo una usurpación de derecho adquirido hizo ademán de protestar.

El pobre sacerdote que no dejaba de mirarle acudido solícito á taparlo y le preguntó en voz baja: ¿Qué sientes

hijo mío? y Toñico con la loggennidad propia de sus años respondió:

—¿Por qué me quita mi hijo? ¿Donde voy á dormir ahora?

II

Providencial fue para Toñico la muerte del Sr. Palacios. Este señor cura encontró albergue y comida caliente todos los días; aquel santo varón se había propuesto criarle y educarle bajo su amparo, Toñico no tenía edad para poder agradecer estos beneficios, pero instintivamente no le pasaban desapercibidos, como tampoco dejaba de apreciar que la vieja ama distaba mucho de ser como el señor cura; en distintas ocasiones le había oído discutir acerca de él, y no eran bendiciones á su persona todo lo que el ama dejaba escapar de sus labios, según ella la educación no servía para nada y lo que debían procurar era, hacerle un hombre de provecho, proporcionándole los medios para que se buscara la vida.

Al principio empezó resistencia en su amo, pero poco había ella de poder ó lo conseguiría, y en efecto, un día después de aleccionado convenientemente le entregó un canastillo de barro y un vaso de cristal con esa y le dijo: «ya sabes lo que tienes que hacer, aprende á buscar la vida que ya vas siendo un hombre, y lleva mucho cuidado y no juegues porque te advierto que si lo rompes, por aquí no vuelvas».

Al pobre muchacho no le extrañó aquel final del discurso de la vieja, bien le constaba que no era santo de su devoción y que, si no por ella, no le hubiese recogido en aquella casa, y sin decir palabra cogió los bártulos que le entregara y se dirigió á la estación distante dos kilómetros del pueblo y en la cual debía ejercer su industria al paso de los trenes...

Escasos eran los rendimientos del negocio, pero es lo que la vieja decía siquiera que ganaba para vestirse, y en efecto, ella que era la encargada de recibir los ingresos, solía comprarle de vez en cuando unas alpargatas ó unos pantaloncillos, reservándose siempre el cincuenta por ciento en concepto de administradora.

III

La feria de Murcia estaba en todo su apogeo, y las corridas de toros debían congregarse en la capital un sin-

úmero de forasteros que desde el límite de la provincia y despreciando un calor africano, abandonan sus hogares atraídos por el cartel de festejos. La compañía de los ferro carriles tenía anunciado para aquel día dos trenes de viajeros que partirían de Cartagena, inevitable que irían acompañados de viajeros y sus consideración vivió el espíritu mercantil del ama bajo la base de sus miras parvas y poco sacropalosa distribución de antemano como la testera del cuento el producto de la venta.

Hizo levantar á Toñico antes que amaneciera y después de comulgarle la orden del día le hizo marchar, empujándole como de costumbre con la pena de destierro, á la falta más leña, y al volver aquel día sin dos pesetas cuando menos la hubiese considerado grave.

Con los claros del día, llegó medio dormido á la estación y la escupió de mala gana, procuró averiguar la hora y supo que el tren pasaría más tarde que de ordinario... y para eso tanto madrugar... falta de sueño... un roncador en un roncador se quedó dormido sin poder almorzar y el vaso; cuando despertó, vio sobresaltado que el andén estaba lleno de gente, supo por un momento que había llegado el tren, pero pronto se convenció de lo contrario las personas que allí había todas eran del pueblo é iban provistas de comida en un canastillo y un vaso, signo de manifiesta compenencia.

Con los ojos muy abiertos y dudando de la realidad, recorrió dos ó tres veces el andén, parándose delante de cada uno, recordando sin dejar pagar los labios... ¿qué posible aquello?... ¿qué más que el calor ordinariamente á calmar la sed de los viajeros, volviéndose muchos días sin despachar un solo vaso, y hoy que tenía la seguridad de apurar hasta la última gota se lo iban á impedir aquellos intrusos? ¿con qué derecho? y por otra parte ¿cómo presentarse ante la vieja sin llevarle lo que ella pretendía que debía llevar? ¿estaría durmiendo todavía y soñaba?

Pronto salió de dudas; un silbato lejano puso en conmoción á todo el mundo y Toñico, fijo como el mármol, vio adelantarse en línea aquella legión de aguadores improvisados que, como obedeciendo á la voz de «carmen» llenaban los vasos á pie se-

## EL ALIMENTO DE LOS DIOS 200

zón que lo explique: «Esto no quedó quedar así».

Pero, de pronto, Redwood se quedó inmóvil y rígido.

—¿Qué ha sido eso?— preguntó ante un nuevo tambor de los cristales, que volvió á dar.

A aquel tambor, según un testimonio, algo así como un choque formidable que resonó toda la casa. La conmoción le pareció á Redwood que duraba un siglo. Debía de haber ocurrido muy cerca de donde él estaba. Por un momento, creyó que algo había chocado contra la casa; pero cuando de él: sintió una golpe enorme, al que siguió la rotura de los cristales, que cayeron hebes pedruzcos; luego, silencio, turbado por pasaca precipitados de gente que corría por la calle. Redwood se acercó á la ventana y su corazón latió con fuerza, como si estuviera bajo la presión de una orilla, de un hecho consumado que le aliviara, pero al comprender que nada podía hacer desde la prisión en que estaba encerrado, sintió otra vez decaer su ánimo.

Nada pudo ver de lo que ocurría fuera; pero al observar que la lámpara de enfrente no estaba encendida, sospechó que reinaba la alarma en la ciudad; y le ayudó á interpretar aquel misterio, un resplandor rojizo que vio brillar en el

## Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 107

Tal es la palabra, clara y legible, en toda su espantosa realidad.

«No, no, y no! Aquella era imposible, porque siendo Cartagena un hombre culto, erudito y religioso (como iba á decretar el extinguido) el caso de tantos años y después de tantas especulaciones concebidas?»

De un asilo se puso Redwood en pie, y empezó á dar pasos por su habitación.

—No no!— decía á voz en grito—La humanidad no puede llegar en un extravío hasta ese extremo. ¡Eso es imposible, es imposible, no puede ser! Tengo que desochar una idea; necesito desocharla en absoluto.

De pronto se paró. ¿Qué sucedía? Los ventanales volvían á temblar. Se acercó á la cama, y vio: seguía la confirmación de lo que había oído. En la cama número 35 había una mujer con sus manos en las manos, y en la 37 un hombre acostado, y los dos observaban la calle en una y otra dirección entre entonces y acustados. Redwood observó que el pollanco estaba en la calle, le había oído también, y volvió á internarse en su habitación, murmurando:

—¡Son de mi casa de familia!

Se volvió á quedar pensativo: tras ó minutos minutos después la entrada de fuerza, como costumbre á tomarlo, y esto le hizo comprender